

2025 VOLUNTARIA EN CARITAS MARRUECOS

Habiendo recibido mucho en mi vida, había decidido ofrecer un año allí donde fuera útil, cuando llegara mi jubilación. Elegí ser enviada por la DCC (Delegación Católica para la Cooperación), que me propuso una misión en Marruecos como responsable de comunicación en Caritas Marruecos. Fue una alegría unirme al equipo marroquí de Caritas Marruecos, profesional y tan acogedor.

Ir como voluntaria a otro país era, para mí, el deseo del encuentro, del compartir, de avanzar junto a quienes, con sus experiencias y culturas diferentes, me abrirían a otras realidades capaces de transformarme. Fue una oportunidad para tomar distancia de mi vida cotidiana y dejarme sorprender.

¡Muchos descubrimientos y gratas sorpresas!



LA ACOGIDA Y LA AMABILIDAD DE LOS MARROQUÍES

Primero en Caritas Marruecos, con un equipo cálido y atento a nuestro bienestar. Les agradezco su disponibilidad y paciencia cuando necesitaba información complementaria para comunicar sus acciones en los pueblos del Alto Atlas. Con ellos descubrí las cooperativas femeninas creadas por mujeres jóvenes y mayores que Caritas Marruecos apoya. Un modelo económico que permite a estas mujeres vivir y desarrollar sus dones y cualidades. Lugares de sororidad que muestran que las mujeres tienen un papel que desempeñar en el desarrollo de una sociedad. Su alegría por formarse y avanzar hacia una mayor autonomía es también un ejemplo de valentía.



Después, recibimos una muy buena acogida por parte de los equipos de Caritas diocesana de Tánger, Caritas diocesana de Rabat y Caritas de la Prefectura Apostólica de El Aaiún, que nos orientaron sobre ciertos ámbitos de intervención.

Todas ellas comprometidas con el apoyo a los distintos equipos que trabajan en la acogida y el acompañamiento de las personas más vulnerables. Pude acompañarlas en sus misiones y conocer a mujeres y niños valientes y resilientes frente a la adversidad.



LA SOBRIEDAD DE LOS HABITANTES DE LOS PUEBLOS DEL ALTO ATLAS

En la provincia de Al Haouz y de Ouarzazate. Los habitantes vivieron el terrible terremoto de septiembre de 2023. Tras intervenir en la emergencia, Caritas Marruecos, Caritas Marrakech y otras ONG, junto con asociaciones locales, los ayudaron a definir sus necesidades para reconstruir su pueblo y reconstruirse a sí mismos. Llegamos 16 meses después de esta catástrofe y las obras estaban en marcha.



Con el equipo íbamos a encontrarnos con los habitantes de los pueblos, que nos recibían con amabilidad. No tenían gran cosa, pero sí un gran sentido de la acogida.

Guardo en mi corazón a Fátima, una mujer de unos cincuenta años que me acogió como a una hermana y no se separó de mí en todo el día. No hablábamos el mismo idioma y, sin embargo, nos reconocimos mutuamente en una misma humanidad. Las mujeres habían preparado un tajín que compartimos sentadas en el suelo, alrededor de una pequeña mesa. Probamos dátiles, ciruelas pasas y patatas. Es en estos pueblos, donde la pobreza material se vive y se ve, donde sentí esos lazos que nos acercaban. Una complicidad femenina donde se viven la compasión, la ayuda mutua y el compartir. El deseo de avanzar juntas. Disfruté con alegría de estos momentos preciosos que me llevaron a reflexionar mejor sobre mis verdaderas necesidades.

EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

Vivir como cristiana en un país musulmán ha sido una experiencia rica en intercambios, especialmente durante el mes de Ramadán y el mes siguiente. La oración, el ayuno, la limosna y nuestras tradiciones fueron temas de conversación con mis colegas. Simplemente deseábamos aprender del otro cómo alimentaba su fe y la ponía en práctica. Fue una ocasión para releer mi práctica personal y una buena manera de desmontar prejuicios y avanzar juntas y juntos pacíficamente a pesar de nuestras convicciones.



Mi parroquia de Marrakech fue también para mí un lugar de encuentro, de intercambios, de reflexión y de oración con los hermanos franciscanos y con los estudiantes subsaharianos. Al formar parte del coro parroquial, aprendí con ellos a cantar con el cuerpo.

Vivir la experiencia de ser cristiana minoritaria en este país musulmán es estimulante y me obligó a profundizar en mis raíces cristianas. Me emociona cuando, hacia las 15 h, en la calle, me cruzo con los hombres que regresan de la mezquita con su alfombra de oración bajo el brazo para retomar sus actividades. Este vínculo cotidiano con Dios nos acerca. Y como nos decía el arzobispo de Rabat, el cardenal Cristóbal: «Somos 30.000 cristianos en Marruecos. Caminamos hacia el Reino con toda la humanidad».

Bénédicte Bergeron
Responsable de comunicación